

EL TIEMPO VIVIDO

SVENJA O' DONNELL



La guerra de Inge



UNA MUJER ALEMANA,
SECRETOS DE FAMILIA Y SUPERVIVENCIA
EN LA ALEMANIA DE HITLER

CRÍTICA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Mapa de Königsberg y Prusia Oriental](#)

[Mapa de la huida de los Wiegandt](#)

[Prólogo. Königsberg, junio de 1932](#)

[Parte I](#)

[Capítulo 1. El pequeño álbum negro](#)

[Capítulo 2. Tiempos oscuros](#)

[Capítulo 3. Un funeral](#)

[Capítulo 4. «Bei mir bist du schön»](#)

[Parte II](#)

[Capítulo 5. Vogelsang](#)

[Capítulo 6. La hora del swing](#)

[Capítulo 7. La traición](#)

[Capítulo 8. Un futuro incierto](#)

[Parte III](#)

[Capítulo 9. Atrapados](#)

[Capítulo 10. La huida](#)

[Capítulo 11. Una última cena](#)

[Capítulo 12. Los pecados de los padres](#)

[Parte IV](#)

[Capítulo 13. Año cero](#)

[Capítulo 14. Falsos amigos](#)

[Capítulo 15. La última carta de Dorothea](#)

[Capítulo 16. El secreto de Inge](#)

[Capítulo 17. La verdad y sus repercusiones](#)

[Parte V](#)

[Capítulo 18. Una granja en Polonia](#)

[Capítulo 19. Una reunión](#)

[Capítulo 20. El pasado es otro país](#)

[Epílogo. Historia de un final](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Com-

parte

SINOPSIS

Inge, la bella y distante abuela de la autora, nunca habló sobre su pasado. Todo lo que su familia sabía era que había crecido en una ciudad que ya no existe en ningún mapa: Königsberg en Prusia Oriental, una nota al pie de la historia, un lugar del que casi nadie ha oído hablar hoy. Pero cuando Svenja visita esta ciudad báltica azotada por el viento e impulsivamente llama a su abuela, algo se desbloquea en ella y, finalmente, empieza a contar su historia.

Una historia que comienza en los bares de jazz secretos del Berlín de Hitler. El relato de un primer amor apasionado y también de traición, terror, huida, hambre y violencia. Mientras Svenja descifra los hilos de la vida de su abuela, volviendo sobre sus pasos por una Europa convulsa, se da cuenta de que hay sufrimiento en una escala con la que nunca había soñado. Y finalmente, descubre el trágico secreto que su abuela ha estado guardando durante sesenta años.

La guerra de Inge escucha las voces que a menudo faltan en nuestra narrativa histórica: las de mujeres atrapadas en el lado equivocado de la historia. Es un libro sobre memoria y patrimonio que interroga el legado transmitido por aquellos que sobreviven, y que también nos plantea otras preguntas: ¿Qué queremos decir con familia? ¿Qué haríamos para sobrevivir?

SVENJA O'DONNELL



La guerra de In- ge

Una mujer alemana, secretos de familia
y supervivencia en la Alemania de Hitler

Traducción castellana de David Paradela

CRÍTICA
BARCELONA

*Para mi madre, Beatrice .
Esta también es su historia .*

¿Por qué, a ver, no ha de llamarse el pájaro
Cáucaso, Roma, Königsberg, y bien?
Cuando hay alrededor solo piedras y cascotes,
objetos no hay, quedan solo palabras.
Pero a falta de labios, suena un gorjeo.

Joseph Brodsky, *Einem alten Architekten in Rom*
(traducción de Ricardo San Vicente)

Mapa de Königsberg y Prusia Oriental



Mapa de la huida de los Wiegandt



Prólogo

KÖNIGSBERG, JUNIO DE 1932

Albert Wiegandt dobló el periódico por la mitad, ocultando el titular de primera plana: «Siete heridos en los disturbios de Königsberg». Lo colocó en una pila junto con el resto de los papeles y cerró el escritorio. Todos los viernes sin falta salía de la oficina temprano, a las tres y media de la tarde, para llevar a Inge, su hija, a tomar chocolate caliente en el Café Berlín. El pequeño establecimiento de fachada azul, próximo a la Paradeplatz de Königsberg, lleno de turistas en verano y de estudiantes de la cercana Universidad Albertina el resto del año, no resultaba demasiado atractivo a primer golpe de vista. Las sillas y las mesas eran sencillas y de madera, nada que ver con los lujosos tapizados de los restaurantes de moda del casco antiguo. El éxito del café residía en que su chocolate caliente estaba considerado el mejor de esa zona de la ciudad. Era tan espeso que la cucharilla prácticamente se quedaba erguida cuando uno intentaba removerlo, y lo servían en unas tazas grandes de porcelana blanca que olían a canela y cacao, con abundante nata montada y una jarrita de leche al lado para aclararlo.

El de los viernes por la tarde era uno de sus rituales favoritos. Albert había empezado a llevar a Inge al café cuando esta tenía cinco años para que Frieda, su esposa, pudiera practicar una hora al piano sin que nadie la interrumpiera y, de paso, darle un gusto a la niña. Agradecida, Frieda, que había perdido soltura desde que la maternidad imponía sus exigencias, secundó la costumbre desde el primer momento. Albert e Inge se sentaban juntos y él la ponía al corriente de los últimos acontecimientos en el negocio de

los vinos y licores: qué restaurante había hecho el pedido más grande o quién elaboraba los mejores destilados. Inge le explicaba cómo le había ido en el colegio esa semana, qué clases le habían gustado más, qué niñas se habían metido en problemas con la profesora y qué bromas se gastaban las unas a las otras; Albert se reía a gusto escuchando sus penas y se conmovía con las pequeñas tribulaciones de la vida de las colegialas.

Inge había nacido en julio de 1924, dos años después de la boda de sus padres. Su nacimiento fue recibido poco menos que como un milagro, pues tanto Albert como Frieda se habían conocido y enamorado a una edad avanzada. Albert tenía cuarenta y cinco años, y Frieda, treinta y nueve cuando nació Inge. Ahora la pequeña ya contaba ocho años y era una chiquilla agraciada, de ojos azules, rizos oscuros y tupidos, sonrisa fácil y ademanes vivaces. No tenía hermanos y, aunque era encantadora, podía llegar a exigir mucha atención. Tanto sus padres como, a veces, los vecinos de su bloque de apartamentos la consentían más de lo que habría sido conveniente.

Albert se quitó la chaqueta de camino a Altstadt, el barrio donde vivían, en el centro mismo de Königsberg, para recoger a su hija. Era una tarde templada que presagiaba el intenso calor que a menudo se abatía sobre la ciudad en el punto álgido del verano. Hijo de un granjero de Grünwalde, unos 150 kilómetros al este de Königsberg, Albert renunció de bien joven al trabajo de la tierra, con sus rigurosos inviernos y su aislamiento, para labrarse un nombre como comerciante. Amaba la ciudad con el celo del converso; en ella encontraba la sofisticación, el bullicio y el éxito que se le habían negado de niño, y en los que se deleitaba. Su atractiva, culta y musical esposa y su pequeña hija eran para Albert todo cuanto pudiera desear, aunque en los últimos tiempos había empezado a sentir una ligera inquietud.

Mientras caminaba, volvió a pensar en el artículo que había leído esa mañana en el *Königsberg Allgemeine Zeitung*, el periódico liberal de Königsberg, sobre las refriegas entre los comunistas locales y las Sturmabteilung, el grupo paramilitar del NSDAP, el partido nazi, que a pesar de su reciente fundación ganaba popularidad en toda Alemania. Se decía que las palizas habían sido terribles y que un muchacho de veinte años estaba al borde de la muerte. Era el último de una serie de incidentes que venían produciéndose en Königsberg desde hacía unos meses.

Al principio, había pensado que esos choques entre nazis y comunistas eran algo que ocurría en la lejana capital, Berlín, y no le había dado mayor importancia. Sin embargo, a la vista de la frecuencia con que se producían también en Königsberg, la violencia y la agitación de la nueva política alemana suponían una presencia cada vez más cercana e incómoda. En cuanto a ideología, Albert era un hombre de centro, un conservador moderado con inclinaciones liberales, reacio a la violencia y al que la política solo le interesaba en la medida en que pudiera afectar a su negocio de importación de vinos y licores o a su última aventura empresarial, una destilería. Había entrado en el negocio tras regresar herido de la primera guerra mundial, y al poco tiempo la herencia paterna le había permitido establecerse por su cuenta. Los inicios habían sido difíciles; el final de la contienda había traído mucha pobreza y hubo de pasar algún tiempo hasta que los productos de lujo, como el vino y los licores, volvieran a florecer como antes del conflicto. Muchos alemanes que habían soportado las privaciones de la guerra vieron cómo la paz tampoco jugaba a su favor, pues las reparaciones contempladas por los tratados estrangulaban la economía y provocaban escasez de alimentos e hiperinflación.

A pesar de todas estas dificultades, Albert había perseverado, y su esfuerzo conllevó recompensa. Sus negocios le reportaban unos ingresos generosos y tenía una familia a la

que amaba con devoción. Pero las cosas estaban cambiando; en su círculo social había varios amigos judíos, y el virulento antisemitismo del partido nazi, los ataques de los camisas pardas o su alarmante retórica populista no le pasaban inadvertidos. El tío de su esposa, profesor de Botánica en la Universidad Albertina y un hombre cuyas opiniones respetaba, le había dicho desde el principio que los nazis eran un hatajo de delincuentes y matones. El antisemitismo iba al alza desde los años veinte, alimentado por el difícil clima económico, pero las oleadas de ataques contra la comunidad judía siempre acababan remitiendo. Albert ignoraba que apenas unas semanas más tarde los escuadrones nazis provocarían un baño de sangre en las calles de Königsberg con una serie de asesinatos y ataques disfrazados de revuelta contra el «terror comunista». Las elecciones federales del 31 de julio de 1932 desatarían una oleada de pánico en la que los activistas nazis asesinarían a veinticinco personas, incluido el jefe de redacción del periódico socialista *Königsberger Volkszeitung*.

Aun después de la violencia desatada ese verano, Albert continuó diciéndose que los ataques nazis contra los comercios judíos y su creciente popularidad eran algo pasajero. Nunca fue tan lejos como algunos de sus conocidos, quienes pensaban que ceder algo de poder a los nazis ayudaría a restaurar el orden y apaciguaría la amenaza tanto del nacionalismo polaco en el oeste como del comunismo en el este. Esperaba sencillamente que la popularidad de ese nuevo y violento partido acabara decayendo y que la vida pudiera seguir como antes.

Thomas Mann, en un artículo escrito para el *Berliner Tageblatt* a principios de agosto de 1932 desde su casa de vacaciones de Nidden, cien kilómetros al noreste de Königsberg, tenía la esperanza de que la violencia que había sacudido la ciudad la primera semana de ese mes sirviera para que a la *intelligentsia* se le cayera la venda de los ojos:

¿Servirán estos días de sangriento pillaje en Königsberg para que los adoradores de este exaltado movimiento que se auto-proclama nacionalsocialista —también los pastores, catedráticos, profesores y literatos que lo siguen tan tranquilos— abran por fin los ojos a la verdadera naturaleza de esta enfermedad nacional, esta mezcolanza entre histeria y romanticismo mohoso y un megagermanismo que es caricatura y degradación de todo lo alemán? ¹

Mann había de llevarse un buen chasco. La clase media de Königsberg, incluido Albert, prefirió la apatía a la protesta, una decisión que tendría consecuencias nefastas.

Pero nada de eso había ocurrido aún esa calurosa tarde de junio en que se dirigía a casa a recoger a su hija. Albert trató de quitarse la política de la cabeza. A las cuatro menos cinco minutos, puntual como de costumbre, llegó al portal de su edificio, un bloque residencial de cinco alturas construido con piedra blanca a comienzos del siglo XIX para acomodar a la creciente clase media de Königsberg. Llamó al timbre y esperó. Inge tardó algo más de lo habitual en bajar. Cuando por fin apareció al cabo de unos minutos, la que salió a su encuentro no era una niña de rostro risueño, sino una chiquilla triste, con los ojos irritados de llorar. Inge tomó su mano en silencio y caminó a su lado hasta el Café Berlín. Se sentó a la mesa con la mirada gacha y apenas tocó su taza de chocolate. Ni la cucharada extra de nata ni la propuesta de pasar por la pastelería a comprar mazapán para ir de pícnic al bosque al día siguiente sirvieron para alegrarla un poco.

A Albert no le agradaba ver a su hija disgustada y se preocupó, pues sabía lo mucho que Inge disfrutaba con esas excursiones campestres. Los Wiegandt iban en coche a la granja de su hermano una vez al mes. En invierno daban largos paseos en trineo por los campos nevados, acurrucándose juntos bajo las pieles en el asiento trasero para combatir el frío punzante; en otoño deambulaban durante horas por los bosques de los alrededores, en busca de se-